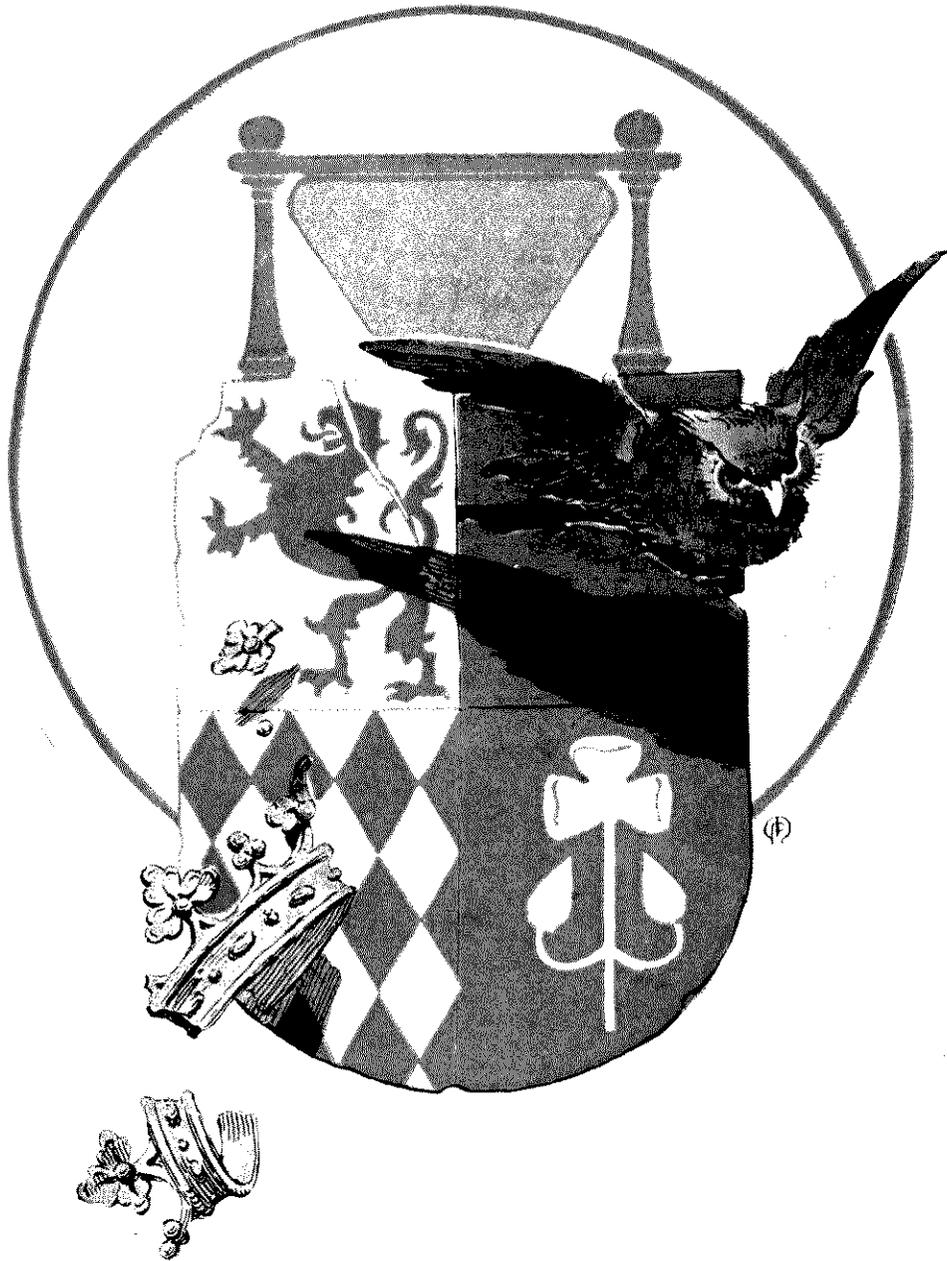


# «Los Contemporáneos»

Y "LOS MAESTROS"



---

---

EL RELOJ DE ARENA

NOVELA CORTA DE

JOSÉ CASTRO Y SERRANO

ILUSTRACIONES DE PEDRERO

---

---

22 DE AGOSTO DE 1913

NUM. 243

**30 cénts.**

# STECK PIANOS



## LA ELECCION DE UN PIANO

La casa "STECK" fué fundada en América por Jorge Steck, cuya competencia en materia de fabricación de pianos fué oficialmente apreciada y reconocida por el Gobierno de los Estados Unidos. Perfeccionados de generación en generación sus productos, no tardaron en ser consagrados. Así se explica que, en la Exposición Internacional de Viena, el piano "STECK" obtuvo la única Medalla de Oro conferida á estos instrumentos por el Jurado, á pesar de la encarnizada competencia de las marcas extranjeras. Cuando la gran Orquesta de Nibelungen, de Bayreuth, quiso ofrecer á Ricardo WAGNER un testimonio de su veneración, fué el piano "STECK" el elegido para regalárselo al gran maestro, y fué tal su entusiasmo, que se apresuró á hacérselo tocar á su pariente, el gran LISZT, quien igualmente quedó encantado, y ponderó la magnificencia del piano "STECK". Basándose en estos antecedentes, al tener que elegir un piano, no puede dudarse en optar por los pianos "STECK", puesto que en estos instrumentos se encuentran aunadas las más excelentes condiciones de solidez y precisión, y cuantos perfeccionamientos artísticos puedan exigir los más escrupulosos virtuosos del piano.

Unica agencia de los pianos "STECK" en España

**SALON ÆOLIAN**

R. CAMPOS

**Calle de Nicolás María Rivero, 11**

**MADRID**

EL CATALOGO G SE ENVIA FRANCO Á QUIEN LO SOLICITE  
PRECIOS AL CONTADO Y Á PLAZOS



JOSÉ CASTRO Y SERRANO

# EL RELOJ DE ARENA

I

VICECONSULADO DE MÉJICO EN MADRID. —  
*Aviso.* — Habiendo fallecido el 27 de Agosto último en la villa de Tehuantepec (Estados Unidos Mejicanos) el súbdito español D. Próspero Salaverri y Oñate, oriundo del Principado de Asturias, sin dejar herederos conocidos, se convoca por este anuncio á cuantos se crean con derecho á la herencia, para que presenten sus reclamaciones y títulos de parentesco; siendo de advertir que los bienes dejados por el difunto ascienden á millón y medio de pesos en el Banco Nacional de Méjico; una estancia-potrero de ganado vacuno y caballar en los alrededores de Tehuantepec; dos casas principales en la propia localidad, y una casa-palacio de su residencia.

Tal fué el anuncio que apareció una mañana en la *Gaceta de Madrid*. Dos horas después de repartido éste, presentóse en la humilde vivienda de un sobrestante de obras de albañilería, que á la sazón almorzaba de pie dos huevos fritos con cebolla, cierto individuo de baja estatura, escasas carnes, mirada de lince, movimientos de ardilla y continente no falto de distinción; el cual, sin incurrir en los lugares comunes de salud, etc., le disparó las siguientes preguntas:

—¿Es usted D. Juan García Salaverri?

—Yo soy Juan García Salaverri.

—¿Es usted Asturiano?

—No, señor; de Madrid.

—¿Tiene usted parientes en América?

—No, señor, ninguno: es decir, puede que tenga alguno.

—¿Cómo es eso?

—Muy sencillo. Yo no sé que tenga ningunos parientes en América, pero una tía con quien me crié acostumbraba, al acostarme, hacerme rezar un *Padrenuestro* por la salud del tío que se marchó á las Indias. Yo lo rezaba y me dormía: no sé más.

—¿Cómo se llamaba su tía de usted?

—Juana Salaverri. Fué mi madrina de bautismo, y por eso me llamo Juan.

—¿Tiene usted otros parientes?

—El día y la noche, como quien dice; no tengo otros.

—¿Y sabe usted lo que le pasa?—dijo el desconocido á su interlocutor, desarrollando la *Gaceta* ante sus ojos;—lea usted.

El sobrestante fijó su vista en los renglones que el hombre aquel le señalaba, mudándose de color según iba adelantando en la lectura. Concluída ésta, quedóse un instante suspenso; miró el periódico y miró al que se lo traía; fué á hablar, y no tuvo nada que decir, hasta que al cabo, entre receloso y confundido, exclamó:

—Y bien: ¿y qué?

—Eso es de lo que debemos ocuparnos, del y qué del asunto,—respondió el joven.—Yo me llamo Rodríguez, soy agente de negocios, pero de negocios lícitos y buenos: una casualidad me pone al tanto de lo que para usted puede ser el colmo de la fortuna; persigámosla y aprovechémosla. Todas las trazas de este anuncio hacen sospechar que sea usted la persona favorecida: el instinto me lo indicó antes, y sus respuestas de usted me lo confirman ahora. Pues bien: lo primero que hay que hacer es callar, porque las cosas para ser secretas no deben decirse á nadie. Un fortunón llovido del cielo tiene muchísimos golosos, y si descubrimos el panal, se lo comen las moscas. Yo voy ahora mismo al Consulado y adquiero todos

los informes; después acudo á la Parroquia en busca de fes de bautismo, comprobación de fechas y demás; en seguida me traigo papel sellado y hacemos una instancia; por último, antes de que se ponga el sol del día de hoy, lo que al presente no pasa de una sospecha, puede convertirse en una probabilidad. Sólo aguardo el consentimiento de usted. No le pido nada, ni contrato cosa alguna: mis negocios, si no se verifican, salen de balde, y si se alcanzan, queda la recompensa al buen juicio del interesado.

Juan Salaverri, en quien la confusión iba aumentando al paso que se desarrollaban los conceptos del aparecido, estrechóle la mano por toda respuesta, invitándole á partir. Después que quedó solo, no hizo ya caso del almuerzo, y se sentó á soliar...

Fueron á preguntarle de la obra que por qué no iba, y contestó que porque no le daba la gana; subió la portera á decirle si necesitaba algo, y respondió que lo dejase en paz. Lo que el sobrestante quería era oír pasos precipitados en el pasillo de su habitación y golpes fuertes en su puerta.

Una y otra esperanza se realizaron al fin antes de que se pudiese el sol. Rodríguez, como si viniera hablando con los tacones y gritando con los nudillos, se presentó á Juan García jadeante y atragantado.

—Vengo—dijo—de casa del Cónsul, y allí no ha parecido nadie: en la parroquia existen las fes de bautismo tal como yo las esperaba; su madre de usted era Salaverri y Oñate, el matrimonio legítimo, las defunciones perfectas; toda la familia procedía del Principado de Asturias y tenía *Don*. Victoria en toda línea! Aquí está el papel del sello que corresponde. Vamos á escribir la instancia.

Y al irse á sentar agente y sobrestante, tropezáronse con cariñosísimo abrazo, prorrumpiendo en sonrisas de dolor por el ilustre difunto, y en lágrimas de alegría por la cuantiosa herencia.

## II

El agente de negocios José Rodríguez, ni era agente de negocios ni se llamaba José Rodríguez. Carecía de todo título para negociar en la Bolsa, en los Tribunales, en el comercio y en las oficinas; pero negociaba en las oficinas, en el comercio, en los Tribunales y en la Bolsa. Su nombre de batalla era *Pepito Rodríguez*, y á Pepe Rodríguez lo conocía medio Madrid.

Corto de estatura, como indicamos antes, enjuto de volumen y nervioso de condición, parecía que su cuerpo de ajustaba á las exigencias del oficio que había adoptado. Este no era otro que servir á todo el mundo para obtener ventajas del que se las ofreciese. — Cuando no se tiene un empleo, se inventa.

¿Cuál fué el empleo inventado por Pepito Rodríguez? Sigámosle en cualquiera de sus negociacio-

nes. Supongamos que llega á su noticia que al oficial segundo del Gobierno civil de Lérida lo hacen oficial primero del Gobierno de Tarragona. Carta al canto, diciendo:—“Muy señor mío: Aunque no tengo el honor de conocer á usted, le participo que por el correo de hoy, ó á más tardar el de mañana, recibirá el merecido ascenso, que tanto ha deseado y que tan legítimamente le corresponde. Poco ó nada he hecho en este asunto, porque en mi modesta esfera sólo servicios indirectos puedo prestar, y así nada le pido ni reclamo de usted; pero si no tiene usted quien le saque el título, ó piensa hacerse uniforme, ó necesita evacuar cualquiera comisión, al presente ó más tarde, con ó sin fondos, puede dirigirse á mí, en la seguridad de ser atendido breve y desinteresadamente. — B. S. M. su seguro servidor, *José Rodríguez*.”

Todo oficial segundo de una carrera se conceptúa merecedor del ascenso á primero; y cree que legítimamente le corresponde; todo el que ha pretendido y obtiene lo que deseaba, está pronto á figurarse que las gentes se interesan por él, con particularidad amigos y conocidos, de que tal vez no se acuerda; y que este señor Rodríguez conoce al pretendiente, es indudable; y que tiene noticias de su ascenso, evidente; y que no pide nada, ofreciendo, en cambio, servicios positivos, claro como la luz del sol. El, por lo pronto, emplea tiempo y trabajo, papel y sobre, sello de franqueo y amabilidad, sin esperanza de remuneración. ¿Cómo no agradecersele? Para seis que se desentendiesen, cuatro corresponden. Tal era la teoría de las prácticas empleadas por Rodríguez.

Pero Rodríguez necesitó abrirse campo donde ejercer su actividad, y este campo no era fácil abrirselo en las capas sociales superiores, por cuya razón hacía uso de las más inferiores y humildes. En los Ministerios no era amigo de los Ministros, ni de los Directores, sino de escribientes porteros y ordenanzas. En los Tribunales procuraba entrar en relaciones con los ujieres de sala, oficiales de escribanía, ayudantes de procurador, alguaciles, etc. En el comercio con talegueros y cobradores, de algún zurupeto, tan falto de títulos como él. Todas esas individualidades que en la sociedad pasan menospreciadas, son, sin embargo, las que llevan la clave del movimiento económico y político de un Estado. Antes de que el Rey se entere de un decreto, se enteran de él tres ó cuatro calígrafos; antes de que el Tribunal Supremo publique un fallo, lo conocen dos ó tres alguaciles; antes de que los Ministros de la Corona sepan que habrá Consejo, lo saben los ordenanzas que reparten la orden. Y como Rodríguez no averiguaba los secretos para abusar de ellos, ni hacía granjería de los informes con reprobados fines, sino que se limitaba á ofrecer sus servicios para las resultas de cualquier suceso interesante, ni sus amigos desconfiaban al darle noticias, ni las personas á quienes se dirigía desconfiaban de sus ofertas. El mote de su escudo, caso de tenerle, hubiera sido: “No provocar cohecho ni perdonar derecho.”

Pepito Rodríguez leía todas las mañanas los anuncios de los periódicos, con especialidad de

aquellos que pocos leen, esos papeles que desde los despachos de los hombres públicos van al cuarto del conserje á enterrarse con faja. Cuando acudía al departamento de correos para recoger su numerosa correspondencia, tomaba nota de las cartas detenidas, de los telegramas sin curso, certificados y paquetes cuyos dueños no se presentaban á reclamar, etcétera, etc.

Todas estas cosas que parecen un mundo á quien las lee, son materia sencillísima para el hombre que se levanta muy temprano y se acuesta muy tarde, empleando el día en andar con presteza, hablar con rapidez, apuntar con cordura, leer con atención y escribir sin desfallecimiento. Tres ó cuatro horas bastan en la cartera de cualquier persona para *memorandum* de su vida pública en un semestre; pero Pepito Rodríguez necesitaba tres ó cuatro carteras en cualquier mes, y este archivo ambulante constituía una nueva profesión, provechosa para él y de inapreciables ventajas para los otros. Añádase á ello finura natural, cortesía sin empacho, palabra al servicio de la benevolencia y el desinterés, con lo cual queda dicho que Pepito Rodríguez era un comodín de la corte á quien todos conocían, á quien todos estimaban y de quien todos tenían algo que esperar.

El día que anunció la *Gaceta* el abintestato de D. Próspero, fuese en derecho al Ayuntamiento, sección de padrones municipales, en cuya dependencia contaba con un amigo repartidor de cédulas, que mostrándole las correspondientes á la S, le proporcionó el fácil hallazgo del único Salaverri que había en Madrid. Lo demás ya lo sabe el lector.

### III

El Cónsul general de Méjico en Santander fué más explícito que el Vicecónsul de Madrid. En su carta á Rodríguez le decía que aun cuando Don Próspero Salaverri y Oñate había muerto sin disposición testamentaria, entre sus papeles constaban datos de referencia á su familia, y en ellos el nombre de dos hermanas, Juana y Teresa, á quienes al parecer tuvo por difuntas al hacer testamento.



El asunto, pues, tomaba el carácter de una verdadera fortuna. Pepe Rodríguez en cuatro días reunió todos los documentos, los legalizó, los selló, los registró, y los puso certificados en el correo para Santander. Las ilusiones se convertían en realidades. Juan García se mandó hacer ropa.

Consignamos esta circunstancia, porque suele ocurrir á los que esperan ser ricos encontrarse por el pronto más pobres. El sobrestante no tenía una peseta, y como lo primero que hizo fué abandonar su empleo, ni aun el jornal de la semana entró por aquellos días en su exhausto bolsillo. Afortunadamente Rodríguez, en cuya esfera de negocios entraba el proporcionar recursos á los que ganan á la lotería, que cuando es un premio grande tardan en cobrarlo, se ocupó de esta necesidad con un prestamista de operaciones difíciles, á quien trataba con cierta confianza por ser su casero.

Era hombre el prestamista casi tan activo en la vejez como Pepito Rodríguez en la juventud. Principió su carrera prestando en los mercados á las vendedoras ambulantes peseta por peso; es de-

cir, sacándoles el cinco por ciento cada día á esas miserables mujeres que compran de los abastecedores lechugas por cuatro reales para revenderlas en seis y mantener con dos una caterva de muchachos. Abrió en seguida casa de préstamos sobre alhajas y ropas al tres por ciento al mes, tasándolas á bajo precio, no para favorecer su recobro, como él decía, sino para favorecer una segunda operación que su fecundo ingenio le inspiraba. Efectivamente: él fué el autor de esa nueva industria que consiste en comprar las papeletas de empeño y perseguir de este modo el hambre hasta sus últimas trincheras, dividiendo en dos etapas el asalto y rendición del tesoro del pobre.

De esta manera llegó D. Fructuoso á su honrada vejez, hartado de dineros y de la sujeción que el oficio le imponía; por cuyas razones traspasó la inmunda casa de préstamos y construyó una muy hermosa de piedra y ladrillos, estableciéndose como capitalista de altos negocios, aunque sobre la base siempre de real por duro á la semana. Afectando cierta esplendidez, de que su corazón estaba exento, alojóse en uno de los cuartos bajos, que por ser algo húmedo y obscuro no había de proporcionarle buen alquiler, tuvo cuidado de que se instalasen en los otros pisos gentes de calidad que le ofreciesen, con segura paga, ocasión de obtener relaciones distinguidas. La magnífica habitación principal, con cocheras y cuadras, servía de residencia á una de las más nobles familias españolas, los marqueses de Guarda-Infantes; en el último sobtabanco habitaba Pepito Rodríguez.

Había sido tal la transformación del prestamista desde que se echó á casero, que sus actos al parecer pugnaban con toda su historia. En el número de ellos puede contarse la presentación espontánea de D. Fructuoso al presunto heredero Juan García.

—Vengo, le dijo, por indicaciones de Rodríguez, á ofrecer á usted mi apoyo en la ardua empresa de rescatar la fortuna de sus antepasados. Desde luego, como esta habitación y este mobiliario son indignos de una persona llamada á representar un ilustre papel en el mundo, le propongo que se mude á mi propia casa, á un cuarto frente al mío, que será alhajado como corresponde. Desde allí dirigiremos los negocios hasta su terminación, podrá usted ir haciendo relaciones de cierta clase, apropiadas al rango que ya ocupa por sus riquezas. ¿Qué le parece á usted?

Juan García volvió á quedar tan confuso con esta aparición, como lo había quedado una semana antes con la del agente Rodríguez. La fortuna le hacía visajes por todos lados, y su pobre entendimiento no acertaba á formular ideas. Así es que permaneció silencioso y como dudando lo que debía responder. Su protector, para animarle, siguió diciéndole:

—Mi casa, por sí propia, es un elemento de notoriedad y de grandeza. Ocupan el primer piso los insignes marqueses de Guarda-Infantes, descendientes de los La Cerdas y Laras, que no están en el trono por vicisitudes de la Historia; vivir al lado de ellos es como vivir en casa de Osuna ó de Medinaceli. El Marqués es un gran caballero

y la Marquesa una hermosísima dama; pero donde Dios dijo "allá va" fué en la gentil persona de su única hija, encantadora muchacha de dieciséis años, á quien educa una respetable aya que ha venido de Londres. Vamos, García: ¿qué me dice usted?

—Digo, que ¿cómo podré yo corresponder á las ventajas que usted me propone?

—Muy sencillamente: con la cuarta parte, ó la tercera, ó con la mitad de lo que se recoja. Eso ya lo hablaremos.

—No hay hombre sin hombre—añadió.—Usted, amigo Salaverri, se quedará en Juan García como lo es, si no encuentra una palanca poderosa para levantar esa fortuna que está en el suelo. Yo soy la palanca; sea usted el punto de apoyo, y levantemos el caudal del difunto.

—Pero usted no ignora—murmuró el sobrestante,—que el señor Rodríguez...

—¡Rodríguez! ¡Rodríguez! ¡Y quién es Rodríguez? A Rodríguez se le da cualquier cosa, ó no se le da nada. ¡No parece sino que Rodríguez es el que tiene dinero! Yo quiero mucho á ese muchacho, y lo sirvo y le serviré, y nos servirá; pero ¿á qué hacer partijas de lo que puede tomarse en globo?

Juan García reflexionó un instante, y después se atrevió á decir:

—De manera que si usted se acomoda con el señor Rodríguez...

—Me acomodaré. ¡Vaya si me acomodaré! Rodríguez es mis piernas y mis brazos, pero yo soy el arca del cuerpo. El arreglará la habitación, buscará los sirvientes y hasta comprará los cacharros de la cocina. Cada hombre sirve para su cosa: él para ganarse la vida aprisa; yo para ganarme el dinero despacio. Quedemos en lo que hemos de quedar, y con Rodríguez me compondré yo.

—Haga usted de mí lo que quiera—dijo resignado Juan García.

#### IV

Hay en el hombre avaro dos naturalezas: el hombre y el avaro. Como hombre, puede ser atento, comedido, prudente, y en ocasiones hasta útil: como avaro, principia por reptil y acaba en monstruo. Se concibe la avaricia del pródigo, pero no se concibe la avaricia del tacaño.

A un viejo que se desvivía por adquirir, sin disfrutar nada, dijéronle en una ocasión:

—¿Cómo van á gozar tus herederos tirando lo que ganas!"—"Por mucho que ellos gocen (dijo él), tirando lo que gano, nunca será la mitad de lo que yo gozo al esconderlo."

Es, por consiguiente, la cosa más sencilla del mundo engañar á un avaro. Ofrecedle un negocio del diez por ciento y no os responde; ofrecedle del treinta para arriba, y se sonríe: ofrecedle el ciento, y se le saltan los ojos.

El usurero con quien nosotros tropezamos aho-

ra no gozaba siquiera en pasar revista á su caudal, como el del sainete de los cucuruchos. Bastábale saber que adquiriría, para sentirse satisfecho de sus operaciones. Si un ladrón le hubiera quitado lo que llevaba á casa, nunca hubiera sabido que estaba pobre. Era un usurero moral. Sus grandes placeres se reducían á urdir una emboscada contra el dinero ajeno; y cuantas más dificultades ofreciese el asalto, mayores eran las venturas que le proporcionaba su estrategia. En un diccionario de celebridades hubiera tenido puesto de inventor. Por eso no es de extrañar que aun con los pocos datos que de la herencia de Tehuantepec llegaban á Madrid, hubiese ofrecido tan gallarda protección y dineros á Juan García.

Hubo una ocasión en que don Fructuoso se dedicó á adelantar pagas á militares y paisanos en activo servicio, y por entonces tomó de auxiliar á Pepito Rodríguez. Pero aunque le hacía trabajar mucho, no le señaló salario, porque el salario, según nuestro hombre, incita á la holganza. Le señaló y le pagó puntualmente los céntimos que quedaban en las operaciones; pues cuantas más agenciase el otro, más picos habría. Y se reía de la inocencia de su dependiente, á quien robaba el nueve por uno.

Eso del salario formaba en D. Fructuoso una teoría económica muy singular, aseguraba que poniendo á los empleados públicos á destajo y no á sueldo, se trabajaría tres veces más en las oficinas y costaría menos de la tercera parte la Administración. A su cocinera quiso ponerla á destajo, pero no pudo.

Una de las vanidades de D. Fructuoso, después de la de saber ganar dinero, era albergar en su casa y ser casi amigo de los marqueses de Guarda-Infantes, cuya ascendencia se remontaba al conde Fernán-González, y; su hermano el señor de Salas y Lara, padre de los siete Infantes á quien se dió traidora muerte al pie del Moncayo.

Lo excelso de su alcurnia correspondía en los Marqueses de que se trata con la opulencia de sus Estados. Teníanlos en el norte, en el centro y en el occidente de la Península; eran Grandes tres ó cuatro veces; se hallaban unidos á la aristocracia de Aragón, siendo lo que se llama unos grandes señores.

Bien es cierto que con la abolición de los mayorazgos se había dividido ya el patrimonio, y que la supresión de los diezmos privó de pingües rentas á los Guarda-Infantes; pero aún había mucho, como sucede donde las riquezas son excesivas. Prueba de ello era la conducta del Marqués, espléndida y generosa. Bastaba que un colono tuviese malos años, para que le perdonara sus débitos; ó que á un inquilino le aquejase cualquier desdicha, para que, en vez de apurarle por el inquilinato, no le socorriese con sus dádivas.

La Marquesa era un poco más rígida, pero no menos liberal y magnánima. Las dotes de su hermosura y las preocupaciones de su clase absorbían en ella un tiempo que le faltaba después para otras cosas; y, sin embargo, contaba con la atención de todos los hombres y la simpatía de todas las mujeres. Estaba siempre en *Marquesa*, si así puede

decirse, y en Marquesa antigua. No le preguntaseis cómo iban los negocios de su casa: ¿por ventura lo sabía? No le dijeseis que los gastos de la época actual eran excesivos en comparación con los de épocas pasadas: ¿acaso le importaba? ¿Pues qué! ¿Iba á dejar ella de perfumar su baño, de calzar seda y de pisar terciopelo? ¿No nació entre tapices, joyas artísticas y servidumbre de calzón corto?

Los Guarda-Infantes tenían palacio en casi todas las regiones de España, y dos ó tres casas señoriales en Madrid; pero los palacios de las provincias estaban ruinosos, y las casas de la corte, después de mal situadas, carecían del *confort* moderno, que tan diferente es de lo que se llamaba comodidad antigua. Interin se labraba, pues, un palacio digno de los descendientes del conde Fernán-González, había que vivir en cualquier casucho, en el de D. Fructuoso, por ejemplo. Si las caballerizas eran estrechas, ya se ensancharían en la nueva construcción; y si los techos eran bajos, en los de la nueva casa llegarían á las nubes. Sobre todo, “¡no hablarme á mí de esas cosas!” decía la Marquesa.

El Marqués, por su parte, llevaba muchos años de estar poniendo en práctica las teorías de su bella esposa. Cuando necesitaba dinero, vendía una finca; cuando le era forzoso dar un baile, empeñaba las rentas; cuando ocurrían gastos extraordinarios, como viajes por el extranjero, ó adquirir una carroza mejor que la de Medinaceli, esquilimaba á los administradores ó apelaba á la usura.—Alto y de noble presencia, cortés sin fatuidad en sus ademanes, cuidadoso hasta la elegancia en el vestir, dulce en sus palabras y sencillo en los accidentes de la vida, el Marqués, á pesar de ser ya maduro, ostentaba un rostro que con sus blancas patillas, su tez sonrosada mate y la jovial expresión de sus modulaciones, hubiera atraído hacia sí, no ya las lisonjas, sino quizás los besos de las muchachas irreflexivas de quince años. Jamás hablaba de sus títulos y grandezas, ni aparecía bordado de cruces ó cubierto de joyas, como esos que, á falta de otras dotes, se cuelgan las que heredaron sin haber contribuido á ganarlas.

Marqués y Marquesa vivían en una encantadora alianza, muy semejante á noble indiferentismo. Sus relaciones domésticas eran en extremo corteses, y las públicas de una distinción respetuosa y cordial.

Pepito Rodríguez, entre cuyos negocios obtenía gran éxito el de acechar ruinas para ofrecer recursos con que impulsarlas, hizo relaciones con el Marqués en una ocasión de apuros reservados, y consiguió convencerle de que necesitaba un solo hombre bastante rico para ser su banquero, y bastante codicioso para ser fácil en sus empresas. Ya conocemos al hombre. Al principio prestó por simples pagarés, que vencían y se prorrogaban acumulando intereses; después hipotecó fincas de las muchas que había tasadas en la cuarta parte de su valor; luego procedió á hacer ventas de bienes rústicos y urbanos cuyo sostenimiento era punto menos que inútil; por último, entre concesiones

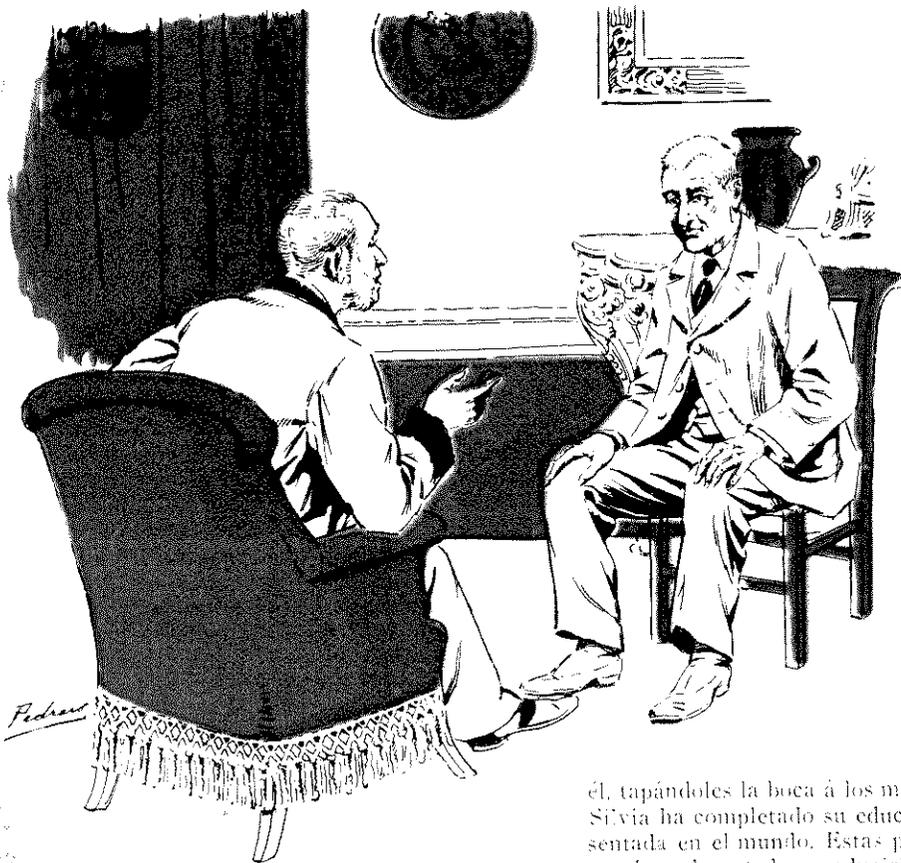
al Marqués con cuenta y razón, y adelantó á la Marquesa sin razón ni cuenta, las cajas de don Fructuoso llegaron á confundirse con las de la noble familia de Guarda-Infantes.

Ser empeñista de ropas y alhajas en buen uso, ó usurero de empleados activos y pasivos sin retención es tarea algo rebajada en el concepto público; pero tener los poderes de un magnate ó llevar los negocios de una casa ilustre, es verdaderamente un ascenso de importancia en la carrera de la usura. A D. Fructuoso no se le caían de la boca los nombres del Marqués y de la Marquesa.

El Marqués le exigía palabra de honor, en asuntos complicados, de que los ignorase la Marquesa; y la Marquesa le exigía, en sus caprichosas exacciones, que por Dios no se enterase el Marqués. ¿Quién había de sospechar que él fuese depositario de tales secretos?

## V

Cierto día vinieron á decirle á D. Fructuoso que los marqueses de Guarda-Infantes se iban á declarar en concurso. Acto continuo se avistó con Pepito Rodríguez para encargarle hacer averiguaciones reservadas, pero prontas, hasta inquirir el



verdadero estado del asunto. El agente, con la lucidez y abundancia de medios que le eran habituales, formó el plan que sigue:—Dirigirse á las contadurías de hipotecas de los puntos en que los Marqueses poseían sus principales fincas; sonsacar á los administradores del Marqués, y, finalmente, ponerse en relación con la modista de la Marquesa.

Este último dato era muy esencial, pues no hay ovillo, con respecto á señoras, que deje de sacarse por el hilo de la costura. Para las tres ingerencias bastaban tres onzas de oro á tres escribientes.—Don Fructuoso aceptó el plan de Rodríguez, añadiendo que desde aquel día cerraba su bolsa.

Y, en efecto, aquel día recibió un recado del Marqués, invitándole á celebrar una conferencia de carácter íntimo.

—Llamo á usted, don Fructuoso—le dijo,—para cumplir un cargo de lealtad á que me obligan mi propia conciencia y los servicios que debo á usted. Mi casa se halla en una mala situación. Dicho se está que una mala situación en mi casa es lo que en otras se tendría por una riqueza; pero á mí no me basta ser rico; yo necesito sostener mi rango. Si el desorden de una administración y la falta de un espíritu fuerte que la restaure, han podido ser causa de la decadencia en que se hallan mis estados, poniendo un remedio radical y dando poderes universales á un hombre como usted, fácilmente se conjura el peligro. Por eso le busco y

le revelo la verdadera situación de las cosas. El que con modestos recursos ha sabido, como usted, hacerse capitalista, mejor sabrá rehacer un capital con los recursos de la opulencia. Por de pronto, á mí mismo, yo necesito veinticinco mil duros.

—¿Conque me confiesa usted que está arruinado y me pide medio millón de reales?!

—A mí no se me oculta que en la sociedad de Madrid corre un *rurnrun* contrario á mis intereses; pero por lo mismo es forzoso adelantarse á

él, tapándoles la boca á los murmuradores. Mi hija Sivia ha completado su educación y va á ser presentada en el mundo. Estas presentaciones, que en su clase de usted se reducirían á llevar á la mu-

chacha á un teatro, en mi clase requieren fiestas y convites; un sarao, una cacería, un viaje á cualquiera de nuestros castillos de que ella ha de ser señora; en fin, lo que se llama presentación de una casi princesa. Obrando así, se afirma un crédito cuyas vacilaciones á nadie perjudicarían tanto como á los que tienen sus negocios ligados con los míos. ¡Que le debo á usted dos millones. Le deberé á usted tres, ó cuatro, ó los que usted quiera. Todo es dar tiempo á que usted pueda salvar con su talento la desastrosa ruina de los Guarda-Infantes.

—Es el caso, señor Marqués, que yo no sé hasta qué punto mis intereses... porque mis fondos...

—Sí, lo sé—interrumpió el magnate:—están en poder mío, y lo agradezco, y he de recompensarlo, y lo haré... Pero, don Fructuoso, yo no pido imposibles. Si usted no tiene, otro tendrá. Mi casa necesita hoy un préstamo á cualquier costa; si usted no se halla en situación de hacerlo, yo entregaré mis poderes á quien pueda verificarlo. Mi gratitud no será por ello menos viva hacia usted, y daré órdenes, de todos modos, para que los créditos debidos á su amistad, sean los primeramente pagados. Indíqueme usted persona para buscarla en seguida.

—No, señor Marqués, más natural es que yo la busque—se apresuró á decir D. Fructuoso.—Míos no, porque he agotado mis fondos; pero no faltarán especuladores que, aun cuando sea con crecidos réditos, me faciliten la suma. Creo que puede el señor Marqués contar con ella.

Y D. Fructuoso, que iba á cerrar su bolsa, abrió el libro talonario para entregar á Guarda-Infantes los veinticinco mil duros. Verdad es que recibió los poderes.

Pepito Rodríguez hizo en una semana lo que otro en un semestre. He aquí el resumen de sus averiguaciones:—“El trueno de la casa del Marqués era inminentísimo. Las fincas libres vendidas á retro; los vínculos, hipotecados; los administradores tenían adelantado un trienio de la renta; los palacios señoriales, dismantelados; la Marquesa debía á la modista siete mil cuatrocientos treinta duros de cuenta ordinaria, y una suma parecida de pieles, encajes, sombrillas, y otras frioleras.

Tales fueron los informes del diligente Rodríguez. Don Fructuoso se asustó. ¡Mentecato de él! ¿Qué debilidad le había sobrecogido con aquellos marqueses de Guarda-Infantes? Y gracias que ahora disponía de un apoderamiento con el cual era verosímil que si alguno cobrase, fuera él propio. Pero abrir su bolsa de nuevo, jamás, jamás.

Abismado estaba en estas meditaciones, cuando recibió un billete cuyo perfume le heló la sangre en las venas. Decía así: “—Si don Fructuoso es tan amable que quiere escuchar cuatro palabras, espere la salida del Marqués, y suba.”—Era de la Marquesa.

Venus, saliendo de la concha del mar, es una figura tan manoseada y sobre todo tan húmeda, que casi dan impulsos de arrojarle una sábana. Pero si Venus aparece en un sillón perezoso, de brocado, envuelta en blanquísima túnica de torna-

sol nacarino, rodeada en cuello y brazos por espumas de encaje, prendida la cabeza con bucleillos de reflejos de oro, y procurando cubrirse lo que la indiscreción de sus movimientos deja asomar furtivamente, entonces no hay D. Fructuoso que resista ni á sus encantos ni á sus palabras. Todos son Vulcanos.

La Marquesa disfrutaba por aquel tiempo lo que puede llamarse belleza definitiva. Transparente de tez, redondeada de formas, flexible en sus actitudes, cuasi procax en el mover de los ojos y cuasi tímida en la expresión de sus ideas, sentábase bien el mote con que una envidiosa amiga suya la había bautizado: la marquesa de *Pierde-Infantes*.

Cuando D. Fructuoso llegó hasta ella, adelantóse á conjurar su turbación, diciéndole:

—No tiemble usted, amigo mío; no voy á pedirle dinero.

—Señora Marquesa—murmuró el hombre con voz un poco alterada;—yo no tiemblo cuando ciertas personas...

—Lo creo—interrumpió la Marquesa;—pues de lo contrario, tendría usted siempre delante de nosotros el baile de San Vito.

Don Fructuoso sacó, al oír esto, la más amable de sus difíciles sonrisas.

—Mi pretensión—continuó la dama—se reduce á pedir un servicio que vale mucho y cuesta poco.

—Dispuesto estoy á prestarlo.

—Se trata... (siéntese usted) de revelar miserias en el seno de un hombre cuyas cualidades le hacen acreedor de todas las confianzas. Usted sabe que uno de estos días presentamos en sociedad á nuestra hija Silvia. Pues bien: su madre no tendrá para presentarse en el sarao ni unos pendientes, ni un collar, ni una mísera pulsera.

Y al decir esto, se apartó con ambas manos su toquilla de encaje para mostrar sus lindas orejas; abrióse el escote para enseñar su alabastrino cuello, y se recogió una manga para exhibir su con torneado brazo.

—¿Cómo así?—dijo D. Fructuoso, temblando entonces de veras.

—Muy sencillo. Complicaciones de la vida, cosas del mundo, que ahora no vienen á cuento, me obligaron á mandar al Monte mis joyas. Ya advertirá usted que no le llamo de *Piedad*, pues me parece poco piadoso esconderle á una mujer como yo sus alhajas cuando más las necesita. Pero, en fin, las mandé. ¡Y por qué miserables sumas me las escondieron! Sólo mi collar de camafeos de Nínive, que vale una fortuna, quedó preso por cincuenta mil reales. Mis siete hilos de perlas, tasados en veinte mil duros, apenas hallaron crédito para cinco mil. ¡Nada, una frustrería!

—Pero el señor Marqués, ¿no ha intentado ahora sacarlas?

—¡Por Dios, don Fructuoso, no pronuncie usted ese nombre! El Marqués lo ignora todo, y debe ignorarlo. ¡Pobrecillo! ¡Pues precisamente para evitarle disgustos lo he hecho yo! ¿Sabe usted

cómo se han ido marchando las joyas? Cuando el Marqués me decía que me pusiera los camafeos, y estaban empeñados, mandaba yo las perlas para que me trajese el collar; cuando prefería las perlas, porque dice que me sientan bien, ¡cosas de los hombres! mandaba el collar y una *rivière* magnífica de brillantes para sacarlas; cuando quería verme con la *rivière*, iban allá pendientes, pulseras, sortijas, coronas..., en fin, allá fué todo. ¡Monte impío!

—¿Y no sería conveniente—dijo D. Fructuoso—que yo con maña le insinuase al señor Marqués los apuros de la señora?

—¡Antes preferiría que me cortasen este dedo!

—¡Bien, bueno!—replicó confuso el interlocu-

justos, no pedía ningún despropósito. Mayor era la confianza otorgada al amigo, que el gasto posible de la comisión exigida al apoderado.

Por otro lado, los asuntos de Méjico presentaban un cariz bonancible. El juez escribía que los documentos estaban en regla, aun cuando faltaban algunos, y que nadie se había personado en Oaxaca con mejor derecho que Juan García á la herencia de D. Próspero Salaverri.

Los Guarda-Infantes, mientras tanto, agotaban las elegancias de su numen en disponer el baile de presentación. La Marquesa quería que se bailase como en el extranjero, sobre el *parquet*; pero el *parquet* de D. Fructuoso era de listones de pino, pues como él decía: “¡si luego han de tapanlo!”



tor; —se hará lo que guste la señora Marquesa.

—Lo que ha de hacerse—continuó ella—es desempeñar las joyas; me pongo las que mejor me estén para el sarao, y al día siguiente vuelve usted mismo á empeñarlas, siendo de mi cuenta los gastos que se originen...

—Le permito á usted besarme la mano. Y se la alargó.

## VI

Que haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo?

Don Fructuoso se había echado el capital á la espalda con respecto á los marqueses de Guarda-Infantes. “Perdido por mil (decía), perdido por mil y quinientos.”—Además, la Marquesa, para ser

y fué preciso estimular con oro á los ebanistas para que improvisasen un pavimento de ensambladuras multicolores. A otra novedad aspiraba la caprichosa Marquesa, y consistía en que las flores con que se revistiese el salón no fueran naturales, sino fabricadas por las primeras floristas de París, conteniendo cada una entre sus hojas un perfume de los más delicados, que dieran al ambiente singular fragancia.

El Marqués se encargó de los refrescos y de la cena. La dificultad en Madrid era que había que traerlo todo de Francia. Pero el Marqués no se arredró por ello, pues de Austria tenían que venir los salmones blancos del Danubio, y de Rusia el kaviar con el kummel, y de Italia los confites, y de todas partes lo mejor y más exquisito que por aquel tiempo recomendaba la moda en delicadezas culinarias.

A D. Fructuoso se le hicieron dos concesiones extraordinarias: que antes que nadie entrase á ver el *buffet*; y que desde una habitación obscura y por entre cortinillas, pudiera presenciar el sarao. Ambas liberalidades llenaron de legítimo orgullo á nuestro hombre.

Cuando el baile estuvo en su apogeo; cuando tantas ilustres damas, con belleza más ó menos adquirida, pero belleza al fin, desfilaban delante del observatorio, arrastrando por debajo toda la tela que les faltaba arriba; y el brillo de las joyas luchaba con el brillar de las luces, y los rostros plácidos de las muchachas se confundían con las lisonjas de los galanes, y los acordes de la orquesta invitaban á aquel perpetuo abrazo que se llama vals, y una atmósfera de placer henchía los espléndidos salones en que la luz brillaba por doquiera, el humilde astrónomo que observaba desde la alcoba, se figuró asistir á un espectáculo de los que sólo ofrece una noche estrellada en el firmamento.

Don Fructuoso estaba aturdido, y eso que aún no había pasado ante sus ojos la figura de la hermosa mujer. Efectivamente, la Marquesa, ocupada en recibir á sus invitados, tardó en aparecer confundida con ellos; pero cuando apareció hubiera podido notarse una especie de murmullo sordo en el escondite. Estaba bella como nunca, y sus hechizos, seductores como jamás. El traje era... pero ¿qué sabía D. Fructuoso de trajes? Había

llegado de París por la mañana, y se fabricó con presencia de un dibujo de las joyas que habrían de adornarlo. El collar de camafeos de Nínive no lo llevaba al cuello, sino tendido de hombro á hombro, bajo el escote, como llevan la cadena de llamas los caballeros del *Toisón*. Con las perlas se había hecho un cuellecito ajustado á su garganta de nácar pura. Brillantes y rubíes matizaban sus rubios cabellos, cual si brotasen espontáneamente de tan gentil cabeza.

El hombre del escondite se sintió orgulloso y encantado; encantado de que la Marquesa girase más de una vez sobre sí misma, como para ser vista del que supuso atento á su persona; orgulloso, porque en aquella belleza había algo de él. Sin su cooperación en el rescate de las alhajas, sin su dinero, hablando francamente, la diosa del sarao hubiera parecido la mitad. Junto á él había otro hombre que participaba sin duda de su emoción, pues que tomaba apuntes en un libro de memorias.

—¿La está usted retratando?—preguntó don Fructuoso.

—No; estoy formando un inventario de lo que he de venir á comprar el día de la almoneda.

## VII

A la mañana siguiente del baile recibió el vecino del piso bajo una cartita perfumada que decía así:—“Si don Fructuoso es tan amable como siempre, aprovechará la ausencia del Marqués para subir al piso principal, donde se le aguarda.”—Acompañaban al mensaje una cabeza de jabalí y dos terrinas de *paté foie-gras*.

Como faltaban dos horas para la cita, el citado las invirtió en ir á afeitarse y arreglarse el pelo. Una bata de cachemir blanco con adornos de rosa pálida, el pelo en bullones al descuido como coronación de *cabellos de ángel*, unas mangas abiertas declarando libres de la mano al codo, y por el borde de la falda la punta de un chapín de raso que se perdía entre las flores de la alfombra, he aquí el *deshabillé* de la ilustre Marquesa. Don Fructuoso, digámoslo en verdad, no se había acercado nunca á mujer semejante. Eso que se supone en las aldeas de la corona, el cetro y el manto del Rey, era evidente ahora á los ojos de



aquel que, á pesar de sus años, ignoraba la existencia de los tres sexos: el hombre, la mujer y la dama. Lejos de experimentar calor, se sentía frío.

Su interlocutora, sin embargo, no estaba alegre.

—Allí se halla—le dijo señalando á una mesita de concha cubierta de estuches,—el cumplimiento de la promesa que le hice á usted el otro día. Puede usted llevarse mis joyas y reempeñarlas.

Y al pronunciar estas frases, la Marquesa se llevó un pañuelo de nipsis á los ojos.

—Pero, ¡señora...!

—Nada, nada; lo prometí y lo cumplo. Quizá les sentarán mejor que á mí á las mujeres de los empeñistas cuando se las pongan.

—¡Eso no!—gritó D. Fructuoso ante tamaño absurdo.—Éstas alhajas son de emperatriz, y no hay mujer de emperador que se parezca á usted.

Era el primer requiebro que le dirigía.

La Marquesa, mirándole con gratitud, añadió:

—Lo que sí suplico á usted, amigo mío, es que cuando se case mi hija, vuelva usted á hacer la caridad que hoy ha hecho.

—¡Caridad!—murmuró el hombre, casi conmovido.

—Sí, caridad. En tal situación me han colocado las circunstancias.

—Pues no me llevo las joyas.

—Le ruego á usted que lo haga. ¡Son tantos ya los favores que le debemos!

—Usted no me debe ninguno; y, sobre todo, yo no consentiré que esos collares se manchen con el sudor de pellejos cursis.

Pensando en ello estaba, cuando se le presentó como filtrado por la puerta el diligente Pepito Rodríguez. Traíale dos noticias de la mayor importancia. Era la una, que por el correo de Méjico habían venido casi seguridades de que la herencia de Tehuantepec correspondía á García Salaverri. La otra era fatal, y costaba el dinero. Un dependiente del Juzgado respectivo acababa de comunicarle, en reserva, que el mismo día se había elevado al juez una demanda pidiendo la declaración de concurso forzoso contra los marqueses de Guarda-Infantes.

Esta última noticia afectó profundamente al hombre, perturbado ya por la anterior escena, hasta el punto de volverle la espalda á Rodríguez y penetrar en su despacho diciéndose á sí mismo:

—¡Nada, nada: hay que volver á mi idea primitiva!

¿Cuál era la idea primitiva de D. Fructuoso?

Pues era, desde que vió el rumbo que tomaban las cosas, concertar el enlace del único heredero de D. Próspero con la hija única de los Marqueses.

Por eso se adelantó con tan extraña generosidad á ofrecer sus servicios á Juan García.

## VIII

Silvia-Guarda-Infantes era una muchacha alta y delgada, de fisonomía seria é inmóviles facciones, que hubiera pasado por adusta á no haber recibido cortés y ceremoniosa educación.

Esto no obstante, Silvia era para los Marqueses un remedo perfeccionado de sus propias personas, y con sus mimos de hija única habían conveuido en que se criaba débil de estómago, por lo cual debía nutrirse con especiales alimentos; y débil de olfato, por lo cual debía vivir en atmósferas de cierto perfume; y débil de oído, por lo cual necesitaba placidez y temple sonoro á su alrededor; en una palabra, de dos bellas figuras de cristal de roca habían hecho una figurita de cristal de Bohemia. Un soplo, y ¡tris!

Cocineros y reposteros, preceptores y aya, doncellas y criados, tenían orden de acceder á todos sus gustos y cooperar á todas sus exigencias. En el comedor se presentaban dos servicios, el general de los comensales y el particular de la señorita Silvia. Bien es cierto que también se hablaban dos idiomas: el castellano, en que se entendían todos, y el inglés, en que la hija de los Marqueses se comunicaba con miss Straford, su aya, y á veces con los demás, que no podían comprenderla.

Excusado es decir que Silvia se había criado en principios morales severos, que se extendían por la superficie de sus acciones, tanto ó más que por el interior de su entendimiento. Miss Straford, metodista, era apta para todo, pues cuando entró en casa de los Marqueses venía de instruir en el Korán á dos sultanillas de Constantinopla.

Silvia se crió en su cuarto con absoluta independencia del mundo. De allí salían órdenes á capricho, y volvían caprichos ejecutados.

Cuando salió al mundo no tenía caderas, porque se le había alargado el cuerpo á costa de la anchura; miraba pocas veces de frente, optando por dirigir los ojos al suelo; abría apenas la boca para hablar, y sus monosílabos iban acompañados de una sonrisa con honores de lágrima. En suma: la descendiente de Fernán-González hubiera podido pasar por descendiente de Juan Sin-Tierra.

Esta era la novia que D. Fructuoso preparaba al ex sobrestante de obras públicas. Convenido con el Marqués, y contando con un encogimiento de hombros de la Marquesa, se dispuso que Juanito subiese un día á comer con los señores, para que los muchachos fueran tratándose. La comida se celebraría á cencerros tapados y sin ceremonia; pero aun cuando las circunstancias obliguen algunas veces á ciertas bajezas, los deberes de alcurnia están sobre todo.

—“¡Maldito dinero!”—decía el Marqués.

—“Yo no podré pasar bocado”—dijo la Marquesa. Miss Straford y la niña no dijeron nada... porque no se les consultó.

El que sí recibió repetidas consultas fué Rodrí-

guez. En concepto de éste, Juanito Salaverri (porque ya era tiempo de irle rebajando lo de *García*) necesitaba presentarse vestido de negro, aunque de levita; pero el interesado observó que la invitación era para él, y por consiguiente que él iría como le diera la gana. Fuese á un almacén de ropas hechas, cuyos maniqués le habían encantado alguna vez al verlos vestidos, y con su pantalón verde-botella, su chaleco de casimir color de ante con botones de coral, su chalina roja con golpes azules y el pelo rizado en sortijillas, túvose por figura irremprochable para asistir á la mesa de unos Grandes de España.

Llegada la hora, subió Juanito al convite, muy calzado de guantes, y en consecuencia algo torpe de manos, por lo cual, al poner su sombrero en el colgador de la antecámara, derribó tres, de los dos que había. Decimos tres, porque uno lo derribó dos veces.

El Marqués lo recibió de pie para no levantarse cuando entrara, y la Marquesa, su hija y la institutriz, se contentaron con hacerle una reverencia, como se hace al paso de un altar donde no se va á misa. Tres palmadas de un maestresala y la frase sacramental, ¡SUS EXCELENCIAS ESTÁN SERVIDOS! advirtieron que podía pasarse al comedor.

Sentóse á Juanito entre madre é hija, ocupando el otro testero el Marqués, y la segunda cabecera miss Straford.

A la izquierda de cada plato había una bandejita con ostras, que, al verlas tomar con los dedos, imitólo Salaverri, llevándose á la boca una para morderla; pero notando que los demás se habían provisto de un trinchante muy mono para arrancarlas, suspendió la mordedura, pinchando á su vez. Los Marqueses, ó no lo vieron, ó hicieron que no lo veían; pero la señorita Silvia, que no le quitaba ojo, con inglés disimulo, miró al cielo y después á su aya, dibujando un mohín de estupor, como si en la mesa alguno hubiera dicho "calzones."

Se necesitaba romper el hielo de aquel banquete mudo, y el Marqués fué, naturalmente, quien se encargó de partirlo, exclamando:

—¿Qué nos cuenta usted de nuevo, amigo Salaverri?

Juan García, que deseaba ser locuaz para hacerse agradable, se apresuró á decir:

—Nada, señor Marqués, ¡un horror! Supongan ustedes que esta mañana, cuando venía yo de comprarme los guantes, dobló la esquina de la calle de Fuencarral un carro á todo correr, en tiempo que un chiquitín, un angelito de tres años que por allí jugaba, se enredó entre las mulas, y ¡zás! la rueda de la izquierda le machacó el cráneo, que hubo sesos para rociar á todos los transeúntes.

La Marquesa, al oír esto, apretó los ojos, el Marqués los fijó asombrado en Salaverri, miss Straford abrió el librito de oraciones, y Silvia, irguiéndose con imprevista furia, le dirigió un gesto de severidad, que equivalía á mandarle tomar la puerta.

Juanito Salaverri continuó amenizando el rato con la relación de lo que había leído la noche an-

tes en los periódicos noticieros: muertes repentinas, afecciones patológicas de la semana, suicidios con fósforos, y, lo que era más oportuno, quiebras comerciales. Unicamente hubo de suspender la amenidad de sus informaciones por un suceso desdichado. Juan Salaverri, que para mayor elegancia comía con el cuchillo, al meterse en la boca un gran pedazo de carne, se hirió la comisura del labio izquierdo, como suele ocurrir á los que acostumbran á hacer tan torpe uso del arma homicida. Un respingo natural, que por fortuna no llegó á interjección, la boca atragantada y la sangre en la servilleta, distrajeron el ánimo del concurso, apartándole de otras más dramáticas emociones. El sobrestante rayaba en albañil.

Servidos los postres, un leve movimiento de miss Straford indicó á Silvia que era la hora de abandonar la mesa, y ambas partieron ceremoniosamente, sin otro signo de despedida que una inflexión de cuello más propia de quien se desahoga el corbatín que de quien saluda. El Marqués empujó á García hacia el gabinete de fumar, y la Marquesa, que tomaba una tercera dirección, al rozarse con su marido deslizó por lo bajo estas palabras:

—; Ni engarzado en oro!

## IX

No produjo tampoco gran entusiasmo en el Marqués la primera visita del señorito Salaverri: pues como hombre de mundo, veía que á pesar de que el brillo exterior de su casa no había menguado, las gentes de su clase dejaban correr la juventud de Silvia sin proponerle ninguna de esas alianzas que entre magnates se conciertan desde la menor edad de los primogénitos.

Silvia Guarda-Infantes, cuya sencillez anglicana no le habían permitido descubrir la intención del convite, al ser interrogada por su padre sobre las dotes de Salaverri, contestó con la mayor ingenuidad que le habían encantado. Aquel traje de colorines, aquella torpeza de movimientos, aquel embarazo con el tenedor y el cuchillo; sus inoportunas conversaciones, el desentono de su voz, toda aquella brutalidad que demostró en la mesa, fueron para Silvia, después de reflexionadas, venero caudaloso de caprichosas burlas.

—Papá—le dijo al Marqués:—mi aya me ha referido que nuestros antepasados domesticaban leones. Yo tendría gusto en domesticar á un salvaje.

Después de esta declaración, era conveniente oír el dictamen de miss Straford, la cual, con tono sentencioso se expresó como sigue:

—Señor Marqués: cuando se cria una paloma blanca, se corre el peligro de que la arrebate un milano; pero nunca se le debe entregar á un mochuelo. Tal es mi opinión sobre las pretensiones de ese mequetrefe.

Don Fructuoso habló asimismo, en sentido figurado, diciendo:

—Señor Marqués: cuando pasan rábanos se compran. A la ocasión la pintan calva, y el calvo de ahora se llama Juan García. O el deshonor y la miseria, ó Salaverri y Tehuantepec. Lo tengo bien pensado.

A la Marquesa fué muy difícil sacarle un consejo, porque esquivaba siempre la conversación; pero al fin, dijo:

—La querría muerta mejor que indignamente casada. La lucha entre el decoro y la ordinariéz concluye siempre por el sacrificio del primero. Las ejecutorias ilustres pueden empeñarse, pero no venderse. Además, yo no creo en los caudales de América.

Pepito Rodríguez no fué consultado, pero tampoco hubiese dicho su parecer, porque hacia tiempo que lo tenía en contra de lo que observaba. Finalmente, la señorita Guarda-Infantes dispuso que para una noche de aquellas fuesen invitados don Fructuoso y Salaverri á pasar la velada en familia.

Salaverri subió en zapatillas, por supuesto nuevas y bordadas, y con un gorro de seda que se quitó al entrar, aunque lo retuvo como especie de batura colgando la borla. Don Fructuoso vestía su traje de etiqueta, aquel traje que no habiendo servido para el sarao, quedó de respeto para las conferencias con los señores. El Marqués, junto á un velador, leía el *Figaro* de París; la Marquesa, muy retirada, uno de los encantadores diálogos mundanos de *Gip*; miss Straford, la plana undécima del *Times*, y Silvia descifraba el *salto de caballo* en un periódico de modas. Esta última era á quien correspondía en semejante ocasión romper el silencio.

—Salaverri—dijo como distrayéndose de sus cálculos,—¿quién le ha bordado esas zapatillas?

Juan, temeroso de producir celos, se apresuró á contestar:

—No ha sido ninguna mujer, señora: me las he comprado hechas.

—Pues son muy monas.

—Están á la disposición de usted.

—Muchas gracias.

La Marquesa y la miss suspendieron la lectura; el Marqués se sonrió detrás del periódico, y don Fructuoso fué entonces quien tuvo celos de que no se le hubiera ocurrido tamaña coquetería, aunque instintivamente pensó que no era el calzado más oportuno. ¡Lo que es no hallarse en contacto con cierta sociedad!

Silvia insistió de nuevo cerca de Salaverri preguntándole:

—¿Juega usted al *lawn-tennis*, Juanito?

—No conozco ese juego, señora.

—; Señorita!—exclamó con severidad miss Straford, sin apartar los ojos de la página duodécima del *Times*.

—Es igual—añadió la heredera de los Guarda-Infantes.—Pues consiste en una especie de pelotas...

—¡Ah, sí! Los bolos—interrumpió Salaverri.—Soy maestro en ellos. Desde muchacho me iba los días de fiesta con otros granujas á jugar á los bolos en la Pradera del Canal. Por cierto, que siempre derribaba el mingo.

—(¡Mingo!)—murmuró la institutriz. — (¡Qué palabras!)

Mientras tanto, D. Fructuoso decía al Marqués:

—La operación es muy sencilla. Se adquieren títulos del tres por ciento consolidado, que producen seis y medio, y se empeñan en la *Caja de Ahorros* al cuatro; con el dinero se compran nuevos títulos, y de este modo se saca una renta superior á la de los demás mortales. ¿Me entiende su excelencia?

—; Vaya si lo entiendo! Pero supongo más sencillo vender los títulos. Esas contarrifiñas...

—Esas contarrifiñas, señor Marqués, son las que forman las casas.

—Sí, las casas que nuestros ascendientes formaban á cintarazos, y que ustedes ahora destruyen con un lápiz.

—Es que esos cintarazos, señor Marqués, no podían producir más que desgarrones.

La Marquesa, que no quería hablar con nadie, lo hizo consigo propia, diciendo:

—; Qué saladisima es esta *Gip*! Cuidado con la escena del divorcio! ; Si no parece mujer; parece un jurisconsulto!

A este tiempo decía Salaverri:

—Supongamos que son cuatro los jugadores: se dan tres cartas á cada uno; délas usted, señora...

—; Ita!—interrumpió el aya.

—Delas usted, señorita. Figurémonos que este punto (y agarraba un candelabro para figurar el jugador) tiene el seis, el as y la sota...

—No le falta á usted razón, don Fructuoso—exclamaba el Marqués.—Antes se corrian cañas y cintas; ahora se corren burros y caballos.

—; No, la sota!—gritó Salaverri, creyendo que le enmendaban la plana de su juego.

—; Deliciosa, deliciosa!—añadía la Marquesa cerrando el libro y haciendo sonar un timbre.

—; Ja, ja, ja!—reía Silvia, como no lo acostumbraba hacia mucho tiempo.

—Señorita de Guarda-Infantes—pronunció en tono solemne miss Straford:—; el te!

Y dos criados con bandejas de plata depositaron sobre la mesa central del salón un magnífico servicio japonés, azul y oro, rodeado de cuantas golosinas pueden apetecerse para excitar el deseo de un té prematuro, aun cuando reglamentario y elegante.

Silvia, sin la mayor voluntad, dejó á Juanito para servir el té; pero Juanito, que con asombro observó la aquiescencia de los demás ante la actitud casi forzada de la ilustre joven, dirigióse á ella, arrebatándole de las manos las tenacillas del azúcar, exclamó:

—; Eso sí que yo no lo consiento! ; Servir el té esta señorita, habiendo tantos gandules en la sala! Yo soy quien sirve.

La Marquesa soltó á reir; miss Straford elevó la vista al techo y estuvo á punto de buscar su libro de oraciones; don Fructuoso, llegándose á Salaverri, le dijo por lo bajo: ; “No sea usted alcornoque, si esto se hace á la francesa!” y, finalmente, el Marqués, para no agravar la situación, intervino con aire jovial diciendo:

—Amigo Salaverri, hay que acostumbrarse á las modas del día. ¿No ve usted ahora que los Grandes de España vamos en el pescante dirigiendo los caballos, mientras que los cocheros, vestidos de etiqueta, se abrazan á nuestro bastón? Pues lo mismo sucede con el té; los criados se cruzan de brazos, y las señoras llevan el tiro en la sociedad. ¡Arre, hija mía!

Y al pronunciar estas últimas palabras, aunque eran para Silvia, se encaró con Juanito Salaverri, añadiendo:

—¡Arre!

## X

Por primera vez en su vida, D. Fructuoso y Pepito Rodríguez habían hecho un alto en sus respectivos caracteres. El usurero se daba á la filosofía, y el agente picaba de poeta. Sentados junto al pupitre donde nunca se habló más que de negocios, decíale el viejo al joven:

—Yo creí, Pepito, que cuando uno vivía con su dinero, no vivía solo: ahora voy observando que vive solo con su dinero.

—Más solo se vive todavía sin él—contestó Rodríguez;—y, sin embargo, dan ganas algunas veces de no afanarse por adquirirlo. ¿Qué es el dinero sin una ilusión en quien emplearla?

—Eso digo yo. ¿Será verdad que goza más el que lo gasta que el que lo gana?

—No lo sé, don Fructuoso, porque yo he solido gastarlo antes de ganarlo. El dinero es aire.

—No, no, eso es una tontería: el dinero es dinero. Lo que yo quiero decir es si con el dinero sólo se vive. Antes dormía como un tronco ordinariamente, y no me desvelaba sino la víspera de una buena operación ó de un buen vencimiento: ahora suelo desvelarme sin lo uno y sin lo otro, y, sobre todo, suelo soñar.

—¡Yo también sueño!—murmuró contristado Rodríguez.—¿Y quién no sueña? Mi actividad para los negocios y mis afanes para ganar el sustento, se truecan ahora en una inercia poco menos que estúpida. Me levanto por las mañanas, y en vez de correr á mis averiguaciones, corro al Retiro en busca de solitarios paseos. Las flores del campo, que casi no sabía que existiesen, me deleitan ahora, los arroyuelos serpenteantes, me hablan ahora como á los poetas; los pájaros, me recrean con sus trinos y gorjeos como á las muchachas de corazón sensible; en fin, voy á ser franco con usted: yo estoy enamorado de la señorita Silvia.

El viejo apretó los ojos, cerrando el puño á la vez, y con voz conmovida dijo:

—¡Feliz tú que puedes enamorarte! La sociedad humana es tan injusta, que sólo concede ese don á los pocos años. Se habla de las profundidades del sentimiento, y sentimiento no existe más que para la corteza. Un viejo que se enamora es un viejo ridículo, así como un joven que no ama es un joven estrafalario; y, á pesar de todo,

el joven no haría feliz á la que un viejo puede hacer muy dichosa.

Y el antiguo usurero encerró su cabeza en las palmas de las manos para volver á soñar.

## XI

Desde que Silvia fué presentada en sociedad, se la creó lo que se llama un *cuarto*. Sabido es que bajo tal denominación se comprende autonomía de gobierno, especialidad de servidumbre, independencia de vida, y, por decirlo de una vez, cierta especie de casa propia. Los Marqueses, que eran muy rigoristas en cuestiones de estirpe, principiaron á llamarle la Baronesa, título de los muchos que contaban en su árbol genealógico, y que equivalía á *delfina* ó sucesora de los Guarda-Infantes. Por las mañanas se recreaban en preguntar:—¿Ha pedido el carruaje la Baronesa? ¿Sale hoy la Baronesa al comedor. ¿Tiene visitas la Baronesa en su cuarto?

Al disolverse la reunión familiar, el Marqués hacía su *club* y la Marquesa á sus tertulias. Silvia y miss Straford se encerraban á piedra y lodo en su departamento. La primera tenía el encargo de acostarse pronto, y la segunda el de ordenar los ejercicios morales é higiénicos de su educanda. Pero ni una ni otra eran demasiado eficaces en cumplir las órdenes. Silvia se ponía á leer novelas y á comer dulces, porque desde pequeñuela fué muy golosa; y miss Straford, que padecía del estómago, sacaba de su armario una botella de *brandy*.

No se crea que vamos á incurrir en la vulgaridad de suponer borracha á la respetable inglesa. Eso de que los hijos de Albión beben y beben por la noche hasta perder el sentido, ni está bien averiguado, ni debe ser tan común como se asegura ordinariamente. Esta pobre señora, por ejemplo, que se crió bien y vino á mal, contrajo una laxitud de nervios casi histérica, para cuyo alivio los doctores ingleses preconizan el uso del *brandy-of-cognac*. Tomábalo, pues, como una medicina; si la parte alcohólica produce trastorno ó soñolencia, miss Straford no se tenía la culpa.

Silvia, al ver que su gobernanta cerraba los ojos, se ponía á escribir desafortadamente, mirando de reojo á la institutriz y aplicando alguna vez el oído á la ventana de su gabinete que daba al patio, escribía, escribía, hasta acabar el papel, y lo cruzaba luego en cuadrículas menudas.

Si miss Straford se agitaba para despertarse, la joven Baronesa ponía en el vaso con agua una copa del elixir medicamentoso, que la soñolienta señora se tragaba maquinalmente, ocasionándola nuevo sopor. Entonces Silvia entreabría los cristales con gran cuidado, ataba á su carta una cinta de seda, dejándola caer hasta la altura de un nudo ya medido, y esperando á sentir otros cristales entreabiertos abajo, donde se cambiaría billete por billete, tiraba de la cinta para recibir una

respuesta á conceptos expresados la noche antes.

Un curioso hubiera podido observar en esta á que se alude el espectáculo más incomprensible. En el piso superior, un cuerpo de hombre que miraba hacia abajo; en el piso inferior, un cuerpo de hombre que miraba hacia arriba, y en el promedio del muro, una mano sin cuerpo que ejecutaba el cambio de la correspondencia.

El cuerpo de arriba era el de Pepe Rodríguez; el de abajo, el de D. Fructuoso, y la mano del muro se alargaba por un alférez de húsares que estaba de huésped en el entresuelo, y tenía un pelo rizado y unos bigotillos en punta... ¡que ya!

## XII

No hay cosa peor en el mundo que hacerse rico por incidente. ¡Dichoso el que no lo alcanza y puede vivir con la puerta abierta!



Al rico de ocasión le salen al encuentro dos clases de adversarios; los que prescinden del Código y aspiran á apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño, y los que, con anuencia de la ley, se proponen apoderarse de lo que no es suyo con la voluntad más ó menos forzada del que lo posee. Los primeros se llaman ladrones; los segundos, deudos y amigos.

Cuéntase de un sujeto que ganó el premio grande á la lotería, y tuvo la ocurrencia de sumar las peticiones que recibió en el primer mes, las cuales importaban tres premios grandes, por lo cual

circuló un escrito refiriendo el caso, y preguntando: "Y yo, ¿con qué me quedo?"

Veamos lo que le sucede al pobre Juan García. Con sólo tener esperanzas de una herencia, le salen infinitos parientes, numerosos amigos, protectores desinteresados, y cuando la herencia tarda en venir, Rodríguez se le coloca en la oposición, D. Fructuoso se lamenta de haberle concedido su crédito, los Marqueses notan su ordinariez, miss Straford lo desdeña, y la baronesa Silvia juega con él como una gata joven con el ovillo de la costura.

Porque Silvia, al concederle cierta atención á Juan, lo hizo sólo por extravagancia y para desorientar á sus padres sobre el verdadero objeto de sus ilusiones, un alférez de caballería, de cintura estrecha, andar resuelto y ojos penetrantes. Tenía sus dieciocho años y meses; había seguido la carrera con brillantez por inteligente y por osado; lo mismo daba un bofetón que un beso, y hechizaba al hablar.

Los amores, si así pueden llamarse, de la Baronesa y el alférez, principiaron de un modo muy particular. Cierta día, oyóse gran ruido como de alarria en el patio de los Marqueses: era que se había entrado un perro, al parecer rabioso, y luchaba con la servidumbre de la caballeriza, después de haber mordido á una yegua. El perro se revolvía contra las amenazas de los circunstantes, y el terror principiaba á cundir en todos los vecinos, cuando de repente vieron descollarse por el balcón del entresuelo á un joven militar, el cual, imponiéndose á los espantados mozos, citó la perro, dejó que se le abalanzara, y empuñando una pistola que traía en la mano derecha, le descerrajó un tiro en la frente, haciéndole rodar por el patio. Una aclamación unánime se dejó oír entonces, no sólo entre el concurso de porteros y mozos, sino entre los amos y señores que habían acudido á las ventanas; ante cuyo agasajo el niño alférez tevantó la cabeza, y encontrándose con la vecinita del piso principal, que agitaba un pañuelo, quitóse la gorra, hizole una profunda reverencia, y con la soltura de un gimnasta encaramóse casi de un brinco en el balcón de donde había saltado.

El cuarto de estudios de la señorita Silvia correspondía exactamente al en que habitaba el jo-

ven militar. Silvia tocaba el piano medianamente, pero lo tocaba; su falta de paciencia y la endebles de estómago de miss Straford habían reducido las lecciones á unas cuantas melodías de fácil ejecución, con las cuales se contentaba la Marquesa las pocas veces que se propuso examinar los adelantos artísticos de su hija.

Al día siguiente de la aventura del perro, tocaba Silvia en su cuarto la *Serenata*, de Schubert, y á la manera de eco, principió á oirse la pieza misma, tocada en una flauta con suavísimos tonos. ¿Era casualidad? ¿Sería respuesta? Silvia volvió á su piano y tocó el *Adiós* del propio Schubert, que, en honor á la verdad, lo *dijo* (como ahora dicen que se dice la música) con exquisita afinación y notable sentimiento. Entonces ya no cupo duda: el *adiós* se reprodujo abajo. Desde aquella tarde, todas se hablaban dulcemente una flauta y un piano, como si fuesen novios. El aya inglesa estaba admirada de la aplicación de su discípula.

Un día suspiró el alférez en el caramillo (que ya no se debe llamar flauta) la congoja lírica que dice: *S'io potesse piangere, io piangerai per te; á la cual contestaron desde arriba con un furioso acento de belliniana locura. T'amo, t'amo, de immenso amore!*

La señorita de Guarda-Infantes tenía letra abierta en dos establecimientos públicos de Madrid: en la confitería de la calle de Majaderitos, y en la tienda de juguetes de la calle de la Montera. Hallándose una tarde en esta última, rebuscando novedades de entretenimiento, tropezó con dos canutitos de caña, enlazados con una cuerda, que se llamaban, si la memoria no nos es infiel, *de balcón á balcón*. Era el teléfono rudimentario. Guardólo disimuladamente de miss Straford, y, con otras chucherías, se lo llevó á su casa. Por la noche pudo ya tocar con el canuto inferior los cristales de su vecino, y decirle con las letras del alfabeto lo que antes sólo se decían con las letras del pentágrama. De allí á cambiarse papeles escritos por la cuerda, no hubo más que un paso. Tal se arregló el asunto.

Consignaremos, antes de concluir, esta postrera y gravísima circunstancia. En uno de los escritos se decía desde el principal: "Tengo la pena de advertirte que mis padres nunca te darán mi mano." A cuya cruel advertencia se le respondió desde el entresuelo: "Si tus padres no me conceden tu mano, yo tengo brazos suficientes para sacarte en ellos."

### XIII

Así se hallaban las cosas, cuando Pepe Rodríguez arriba, D. Fructuoso abajo y el alférez en medio, representaban á lo vivo el refrán del que ni sube, ni baja, ni se está quedo. El insomnio, sin embargo, de los que velaban en las extremidades, no era todo de espíritu, sino que envolvía algo de materia. La codicia del uno y la febril actividad del otro, les había colocado en una situación casi

desesperada. ¿Qué iba ganando Rodríguez con el tal García? ¿Cuánto no iba D. Fructuoso perdiendo con los Marqueses?

Según informes confidenciales de Santander, al difunto D. Próspero Salaverri le había salido un hijo natural en Madrid, á cuyo nombre no sólo se pleiteaba, sino que se pidió y obtuvo en Tehuantepec la suspensión de los procedimientos favorables á García. Los señores del principal continuaban gastando, ó, por mejor decir, apurando los recursos del último empréstito, y á creer chismes de vecindad, vendían también las preciosidades de su casa que tenían valor y poco volumen. Los acreedores, por su parte, habían conseguido del Juez la declaración inmediata del concurso. ¿Qué madeja se estaba enmarañando allí? Mézclese á todo ello unas gotas de esencia de ternura, y se comprenderá el brebaje cuyas heces apuraba el inquilino de arriba y el propietario de abajo.

Mientras D. Fructuoso se las había con gentes humildes que tomaban diez y se obligaban á treinta, alcanzó fama de entendido y hasta de agudo; pero cuando en sus negociaciones se terciaron algo más que cuentas de multiplicar, no daba un paso que no fuese un tropiezo, con su correspondiente descalabradora. Y como si ello no fuera bastante, una mañana se le presentó la Marquesa, acongojada y temblorosa, diciendo:

—¡Sálvenos usted, amigo mío, estamos perdidos!

—¿Pues qué ocurre de nuevo?—exclamó don Fructuoso asustado.

—Que necesitamos abandonar á Madrid sin pérdida de tiempo. El concurso se viene encima, nuestra casa va á ser atropellada, el nombre que llevamos será ludibrio de las gentes, ¡oh! yo no puedo presenciar tamaña vergüenza. El Marqués está para suicidarse; nos marcharemos á uno de nuestros castillos, á un palacio cualquiera, aunque sea en el fondo de los bosques. ¡El honor, sobre todo el honor...! ¡Sálvenos usted!...

Y la bella señora prorrumpió en desconsolador y amargo llanto casi sobre las rodillas del viejo.

—¡Castillos...! ¡Palacios...!—murmuró maquinalmente don Fructuoso.—¿Dónde está eso?

—Aquí—añadió la Marquesa, sin reparar en las medias palabras del hombre,—aquí traigo todo cuanto poseo en el mundo.

Y depositó en manos de su interlocutor un enorme rollo de papeletas del Monte de Piedad. El usurero las miró como papel enemigo, y casi estuvo por arrojarlas; pero pronto reflexionó en que aquello era algo, y las puso sobre su mesa, cubriéndolas con su libro de caja. Después, ya fuera por su impresionabilidad ante aquella congoja, ó por otras razones, D. Fructuoso dijo para sí: "¿Qué importa que estas gentes se marchen? Quizás con ello mejore la situación de la casa. ¡Estos gastos, estas locuras...! Si, sí, deben irse. Allá, en la aldea no hay pretexto para derrochar, y, sobre todo, lo que aquí quede, quedará aquí. Yo me entenderé con esos farautes."

—Señora—exclamó en alta voz:—seque usted esas lágrimas y disponga su partida.

—Mañana mismo.

—Pues que me traigan las cuentas y yo las pago.

—Gracias, don Fructuoso—dijo la Marquesa, no abrazando, porque la Marquesa no abrazaba á nadie, sino oprimiendo con las manos los hombros de su protector.—Usted nos salva una vez más, querido amigo. Cuando vuelva á Madrid será usted nombrando intendente de nuestro patrimonio.

La Guarda-Infantes salió precipitada y gozosa á dar sus disposiciones, y al otro día partieron, en efecto, los Marqueses para una heredad de Castellón de Ampurias, situada al pie de un castillo ruinoso que fué un palacio.

He aquí las cuentas que uno de los ayudas de cámara trajo á D. Fructuoso para pago del viaje:

Un coche salón para los señores.—Otro coche abonado de primera clase para la servidumbre de persona.—Un coche de segunda para cocineros, palafreneros y demás dependencias.—Un furgón con veinte baúles de ropas y treinta cajas de efectos.—Una cuadra-cochera para dos carruajes y cuatro caballos.—Por último, una carta de crédito que D. Fructuoso debía firmar para recoger fondos en las principales bancas de Valencia y Cataluña.

Acompañando á este *memorándum*, que la Dirección del camino de hierro fiaba, por el prestigio que aún existía en el nombre de los Guarda-Infantes, puso el criado en poder del futuro intendente, una tarjeta de la Marquesa, que decía así:

—“Adiós, don Fructuoso: me acordaré de usted en todo el camino.”

#### XIV

La catástrofe llegó al fin, porque todo llega en el mundo, menos los dineros de América. Una turba de escribanos, alguaciles y gente ordinaria se apoderó del domicilio de los Guarda-Infantes.

Es curioso conocer la índole y forma de estos funerales de la codicia. Primeramente acuden los bibliógrafos en busca de libros incunables y códices góticos ó cosa tal; vienen luego los anticuarios por Murillos y Velázquez á bajo precio, ó por papeleras esculpidas y cajas esmaltadas de las que suponen que se ignora su origen; caen después los prenderos con ojo avizor sobre lo que puede adquirirse por defectuoso y convertirlo á poca costa en flamante; tras los prenderos van los ropavejeros, y detrás los traperos.

Al ruido del escándalo y con el oculto placer de la envidia satisfecha, acuden multitud de personas que no van á adquirir objeto alguno, sino á recrear la vista en los despojos de sus rivales. Y si en toda almoneda voluntaria hay algo de consunción, en una almoneda forzosa hay mucho de suplicio.

Este de los Guarda-Infantes traía á la memoria los horrores de la revolución francesa del 93. Allí eran decapitados Reyes y Príncipes, que á decapitar equivale el pasarlos de la cámara donde se les rinde culto, á la tienda del prendero donde

van á ser mofa de las gentes. Allí se enajenaron al peso las reliquias de oro y plata de santos de la familia. Allí se vendieron por tamaños los libros de la ciencia en tasación igual á los romances inmundos. Un códice de los Reyes Católicos no pasó al horno de un hollero porque al tomar la medida de su superficie no cabían doce bollos en ella. Todo se profanaba allí; todo era motivo de befa y de deshonra. A estar presentes los Marqueses en aquellas horas de terror, se hubiesen muerto ó hubieran matado. Eran el Luis XVI y la María Antonieta de su vacilante dinastía.

Don Fructuoso, para quien el suceso resultaba fatal, como puede presumirse, olvidando sus intereses, tan en peligro, exclamó con ternura:

—Dichoso yo que la he librado de este desastre!

#### XV

Don Fructuoso había sido arrollado por el concurso contra el Marqués. Aunque sus créditos eran buenos, existían otros más antiguos, y los modernos gozaban también de preferencia por referirse á proveedores alimentarios.

Pepito Rodríguez, por su parte, agotaba todos sus recursos burocráticos y curiales para parar golpes y contener estocadas; pero cuando contra una familia distinguida se pierden las consideraciones, ocurre como cuando se vence una puerta que empujan muchos: el tropel inunda la estancia, estrujando de paso á los infelices que ocupan las extremidades.

Don Fructuoso estaba en el quicio, y lo estrujaron. Dábase á los demonios contra su torpeza, su debilidad, su *asnería* (era su palabra), cuando recibió de la Marquesa la carta siguiente:

“Querido don Fructuoso: Yo estaría bien en este pueblo si á sus afueras pudiese traerme un Madrid. Ya ve usted que no soy codiciosa, pues no pido ni á París ni á Londres. Tengo quien guise; pero ¿y los elementos para guisar? Carne de oveja, liebres de cementerio y perdices en escabeche. Por fortuna trajeron de esa provisiones abundantes, y no nos faltan. La repostería es la que anda mal, porque aun cuando el repostero trajo dos ó tres máquinas heladoras, no se puede hacer hielo con los elementos de esta botica. Ya le formaré á usted un catálogo de todo lo que necesitamos, para que nos surta.

“Pero no es éste el principal objeto de mi carta. El castillo que tenemos sobre la masía está inhabitable. Es una magnífica construcción que los peritos remontan al siglo IX y otros al XI; yo, para evitar disputas, la fijo en el X. El hecho es que, como dije, está inhabitable: los ingenieros volaron sus más hermosas torres para remendar una carretera. ¡Esos ingenieros! Pues bien, yo pienso reedificarlo. Al efecto, he hecho venir á un agrimensor de la villa inmediata, que el pobre no sabe mucho, pero tira líneas como si supiera: él me ha trazado el adjunto plano, y Silvia ha hecho el croquis de la fachada. Inmediatamente que los

reciba usted, busca el mejor arquitecto de Madrid, y le encarga que sin levantar mano me trace un proyecto de restauración. Mi deseo es principiar al instante las obras para entretenerme.

Mientras estas se verifican, el Marqués y yo haremos un viaje por las provincias del Norte, donde dicen que se conservan muchos muebles antiguos, y entre los que adquiramos allí y lo que traslademos de otros palacios, se hará una residencia señorial con el tono antiguo y el confort moderno.

La baronesa Silvia se está quedando muy delgada y no come. Sin duda estos alimentos no le aprovechan. Ahora está empeñada en ir con miss Stradford á Gerona, para asistir en Pascuas á un baile que dan á las señoritas de la ciudad los oficiales de un regimiento de húsares recién llegado de guarnición allí. Yo pienso dejarla para ver si se distrae.

Ordeno á usted que meta prisa al arquitecto; no es necesario que haga todo el estudio de una vez; basta con que trace una torre para principiar los trabajos.

Adiós, don Fructuoso; ¿qué bueno es usted!

LA MARQUESA.

En el pobre entendimiento de D. Fructuoso no cabía que unas gentes á quienes estaban pasando cosas tan graves, se desentendieran de ellas hasta el punto que indicaba el escrito aquél. Quedóse como alclado ante sus renglones, y del primer im-



pulso tomó la pluma para contestarle:

“Señora, usted no tiene casa ni hogar; se le ha vendido á usted desde el carruaje hasta la cama: en su baño de usted se estará metiendo un leproso, y con los peines de usted van á peinarse los chicos del Hospicio. ¿Qué palacios son éstos? ¿Qué restauraciones son éstas? Usted se ha vuelto loca y me va á volver loco á mí...” Con otros disparates por este orden. Después se calmó un tanto y se dijo:—“No, mejor será que Rodríguez, como agente, los informe de todo; yo cumplo con responder á la Marquesa una llena y otra vacía. ¿Qué culpa tiene la desdichada de haber nacido grande y no sentirse pequeña nunca! Nosotros los mendigos de la vida, que nacemos pidiendo, no concebimos ciertas cosas...; ella ha nacido dando!”— Y al tomar la pluma efectivamente, escribió lo que sigue:

“Señora: hoy mismo se buscará al arquitecto para encargarle la restauración del castillo. Me duele que la vida de ahí no sea tan agradable

como merecen los señores y como yo deseo. Si con sangre de mis venas... (no esto de la sangre es ridículo) si con todo lo que yo alcanzo... (tampoco, esto es abrirle la puerta para sabe Dios qué); si con una buena amistad pudieran arreglarse ciertos asuntos, esté segura la señora Marquesa de que la masía de Ampurias no tendría nada que envidiar al paraíso. Me alegraré que á la señorita Baronesa le sienta bien el viaje. Hoy creo que Pepe Rodríguez le escribe al señor Marqués. Espero la lista de las provisiones... (éstas sí se las mando; ; hasta ahí podíamos llegar!) para enviarlas sin pérdida de tiempo. Ordene y mande la señora Marquesa á su servidor,

FRUCTUOSO X..."

Antes de poner en limpio esta carta, recibió el hombre por tránsitos de correo un despacho telegráfico que decía así:

"Soy madrina de una boda de labradores, y quiero lucirme. Mándeme usted en posta treinta cajas de dulces de la Mahonesa."

## XVI

Ya se ha indicado más arriba que el dinero de América no viene nunca. Aquella célebre doctrina de Monroe respecto á que América debe ser de los americanos, la tenían en uso los americanos, con relación á sus cuentas, mucho antes de que naciese Monroe. Quizá se diga allí lo mismo de Europa y de los europeos; pero lo indudable hasta ahora es que el dinero de América no viene nunca.

La testamentaria de D. Próspero Salaverri y Oñate se eternizaba. Primeramente tuvo un litigio con el Banco sobre la clase de moneda en que había de devolver el depósito; y como éste se hizo en billetes, en billetes se decidió que lo devolviera; pero como en una de las crisis económicas del país el Banco había cortado sus cuentas por la mitad, el millón y medio de duros se había convertido en medio millón y un cuarto. Después el papel moneda se hallaba despreciado hasta el extremo de que para reducirlo á oro ó letras corrientes había que perder casi otra mitad. Necesitábase en seguida deducir los grandes gastos de enjuiciamiento, administración, agencias y exacciones del fisco. Por último, cuando ya todo parecía terminado, se interpone una demanda de mejor derecho, que, fuesen cualesquiera sus pruebas y apoyos legales, impedía la ejecución de lo que se esperaba, ó sea que el caudal de América tomase alguna vez el camino de Madrid.

Pepe Rodríguez, cuyo abatimiento de ánimo no había abolido completamente su actividad, ni cerrado la puerta á sus hábiles investigaciones, seguía una pista en el negocio de Tehuantepec, bastante á presumir que éste se resolviese lo menos

mal posible. En sus idas y venidas al viceconsulado de Méjico tropezó con alguien que verificaba Fructuoso, lejos de mostrarse desalentado, como actos en cierta manera iguales á los suyos, y observando de aquí y tomando de allá, formó una combinación de que tendremos noticia dentro de poco. Ello es que en sus conferencias con don lo estaba el que codicia hubo de comprometer su caudal, hacia cuentas galanas, capaces de infundir valor en aquel pobre hombre. Y le llamamos así, porque la última vez que lo vió Rodríguez estaba empaquetando cajas de dulces de la Mahonesa.

La cosa era muy sencilla, en concepto del agente. Donde hay mucho alcanza para todos; más vale mala transacción que buen pleito; si nuestros enemigos pueden acorralarnos, lo mejor es negociar las paces: el que todo lo quiere, todo lo pierde, etcétera, etc.—Si los papeles del uno no estaban claros, los papeles del otro estaban turbios; y si se conseguía una alianza en buenas condiciones, del agua perdida gota recogida, del lobo un pelo, etcétera, etc., etc.—Tal era la filosofía de Rodríguez, que D. Fructuoso aceptó, concediendo al agente poderes discrecionales.

Mientras tanto, se iban conociendo en la masía de Ampurias los horrores acaecidos en Madrid. Ni la confianza del Marqués ni la indiferencia de la Marquesa fueron suficientes á neutralizar la conmoción de golpes tan rudos. La casa estaba arruinada, deshecha, perdida completamente: la noche que se celebraba la boda de los labriegos y que en Gerona se daba un baile en honor de la baronesa Silvia, los Guarda-Infantes (puede decirse casi en sentido recto) no tenían qué comer. La Marquesa, tan vehementemente para delirar como para sentir, experimentó un súbito aplanamiento al persuadirse de que eran ciertas tan crueles noticias. Encerróse en su cuarto sin hablar con nadie, ni aun con su propio marido. Por primera vez de su vida lloró.

Pero como las contrariedades, cuando se asoman vienen juntas, tuvo que salir de su retiro ante una carta de Silvia en que pedía licencia para ofrecer su mano á un oficial de húsares con quien estaba en relación amorosa hacia ya tiempo. ¿Qué oficial era? Un quidam. ¿Cómo se llamaba? De cualquier modo. ¿Dónde y cuándo nacían esas relaciones? Ni miss Straford podía decirlo. ¿Qué nueva catástrofe era aquella?

La contestación de los Marqueses no se hizo esperar, y fué:—"¡Nunca, nunca, nunca!"—al recibir la carta debían emprender su regreso la institutriz y la Baronesa: ni una hora más de viaje.

Y en efecto, muy pocas después entraba miss Straford en la masía, sola y deshecha en lágrimas. La señorita se había dejado depositar por el alférez.

## XVII

El Marqués, á pretexto de intervenir en sus asuntos, emigró á Francia, sin otras precauciones que las de bajar las cortinillas del carruaje á su paso por Gerona, para no ver ni las torres siquiera de la población. Quedó, pues, la Marquesa sin marido, sin hija, sin bienes y sin la corte que siempre tuvo. No parecía, con todo, tan desesperada como era de presumir; por el contrario, en sus palabras y en sus hechos se mostraba jovial, decidora y hasta casi aturdida. Alguna vez incurrió en una especie de abatimiento acompañado de cierta soñolencia, no de otro modo que los que se embriagan para no sentir sus dolores. ¿Habría enfermado del estómago como el aya de su hija? ; Imposible! Ella, en la altivez de su carácter y en el primor de sus costumbres, no hubiese descendido jamás á groserías de fondo ni de forma. ; Confundirse la Guarda-Infantes con sus lacayos!

Lo que la Marquesa llevaba algún tiempo de hacer, y ahora lo exageró sin duda, fué imitar á esas célebres excéntricas de París que, hastiadas de los goces comunes de la vida, buscan en un goce nuevo quiméricos deliquios de imaginación. Lo que la Marquesa hacía era intoxicarse suavemente para no sentir.

Al persuadirse de su verdadero estado, juzgó finalizada una existencia que no permitía obscuridades ni descensos en su brillantez. Quedáranse para otras mujeres la resignación, la mansedumbre y el sacrificio; que ella, descendiente de príncipes, no podía vivir ni morir sino como viven y mueren las princesas.

La Guarda-Infantes no era pagana, pero habíase entusiasmado siempre con las figuras del paganismo. Aquella Lucrecia, modelo de virtud, que se abre el hermoso vientre para lavar con su vida la ofensa de Tarquino, el infame; aquella Cleopatra, monstruo de liviandad y monstruo también de amor, que se aplica á su bello brazo el áspid de la muerte para no sobrevivir á la ruina de Marco Antonio, entusiasmaban, decimos, á la Marquesa, por sus virtudes la una, por su desenfreno la otra, y ambas por su valor en no condescender con irremediables desdichas. Ella también era valiente y estaba dispuesta á probarlo.

Pero hasta en el fin de la vida le repugnaba la fealdad y le conturbaba el delito. Quería desaparecer poco á poco y alcanzar los dones del perdón en hora de arrepentimiento. Era, si así puede decirse, una pagana devota. Al saber que su esposo se había fugado, que su hija se fugaba asimismo, y que en fuga estaban sus grandezas, sus bienes y el honor de su nombre, lo que fué una extravagancia de mujer inactiva, se convirtió en remedio contra la desesperación. La Marquesa pasaba largas horas en soñoliento abandono como las odaliscas turcas sobre sus divanes; vestíase sus mejores galas entre aquellos labriegos que la creían reina, y como reina se les imponía para que acatasen sus órdenes: palabras incoherentes

brotaban de sus labios en un delirio pertinaz, aunque ajeno á los temores de la locura; las pupilas de sus bellos ojos se dilataban á veces cual si quisieran dirigirse á puntos muy lejanos ó penetrar en hondas profundidades; era, en fin, presa del *morfínismo*.

Una mañana en que se sintió convulsa, mandó llamar al párroco de la aldea y le dió á leer varias cartas que aún no había abierto. Hizoselas repetir en extracto, y supo que su marido pedía fondos desde París para librarse de una responsabilidad de honor; supo que su hija acababa de casarse y pedía que la perdonara y bendijera, en gracia de la dicha que había alcanzado; supo que los negocios de su casa no tenían remedio y que en la catástrofe se hallaban comprendidos modestos y cariñosos amigos suyos: no quiso saber más. Habló largamente con el señor cura, recibiendo de él toda suerte de consuelos piadosos; hizole muchos encargos, de que el sacerdote tomaba apuntes, y á su presencia repartió entre los colonos todo el dinero que le quedaba.

Después mandó abrir las ventanas que correspondían al monte, con ánimo de respirar mejor, ó quizá de ver el castillo. A este tiempo díjole su doncella que acababa de recibirse un cajón de Madrid; rogó que se lo entrasen, y vió que era un surtido de provisiones exquisitas, mandadas por don Fructuoso. Mirólas dulcemente, se proyectó en su rostro una sonrisa, y dobló la cabeza.

## XVIII

La combinación de Pepito Rodríguez no podía menos de alcanzar un éxito satisfactorio. El espíritu práctico de este hombre le indujo á proponer, y que fuese aceptada, una avenencia entre las partes próximas á seguir un litigio. Si la causa de Juan García era buena, no eran tampoco malas las razones del nuevo pretendiente, el cual, disponiendo de la palabra *hijo*, tenía á su favor el interés público y la benevolencia de los tribunales. En todo caso, la seguridad de un pleito y la lentitud de los negocios de América, aconsejaban la concordia de los que deseaban obtener en vida la sucesión de D. Próspero Salaverri.

No le fué, pues, difícil á Pepito concordar voluntades, tanto menos, cuanto que el supuesto hijo, ya difunto, excusaba esas complicaciones de amor propio en que suelen perderse las cosas de justicia. Decir lo que trabajó, revolvió y anduvo hasta obtener un éxito, es tarea inútil para los que conocen el carácter de Rodríguez: bastará que un resumen de sus conquistas nos ponga al corriente de los resultados.

La herencia de D. Próspero Salaverri y Oñate se rescató; dedujéronse de ella los grandes gastos de Tehuantepec y los no menores de liquidación y envió; dividióse en dos partes iguales, la una para Juan García y la otra para la viuda del hijo de

don Próspero; ajustáronse las cuentas de lo que se debía desde el origen de la negociación, y fueron satisfechas.

La situación en que quedaban los personajes al final de esta historia es la siguiente: — Al Marqués le sacaron un destino para Filipinas; Juan García tomó una contrata de caminos de hierro y nombró á Rodríguez su agente de negocios con una recompensa; la hija de los Guarda - Infantes se convirtió en capitana de húsares con algunos bienes que la elevaron á madre de familia sin escasez ni apuros; don Fructuoso se reintegró de una parte de sus adelantos, aunque en la sucinta proporción del que da su dinero sin gabelas ni usuras; de miss Stradford, ni una palabra.

En el pobre cementerio de Castellón de Ampurias se construía últimamente una preciosa tumba de mármol blanco, dibujada por el arquitecto á quien de orden de la Marquesa encargó la res-



tauración del castillo. Era una ofrenda del que mandó los dulces.

## XIX

El filósofo italiano Vico, en su teoría sobre la Historia, la compara á una circunstancia donde después de pasar por todos los puntos, vuelve á comenzar por el principio. No va á discutirse aquí el valor filosófico del *Círculo de Vico*; pero siguiendo sus líneas va á establecerse la tesis de que la sociedad contemporánea es un reloj de arena, donde después de pasar todos los granos, se vuelve del revés y pasan de nuevo; con la circunstancia de que los que estaban arriba bajan al fondo, y los que estaban en el fondo ascienden y se pavonean en la superficie.

Juan García es hoy diputado á Cortes y quiere ser título. Pepe Rodríguez es concejal del Ayuntamiento de Madrid y aspira á ser alcalde.

José Castro y Serrano

**"LOS CONTEMPORÁNEOS"**  
Y "LOS MAESTROS"

Revista semanal ilustrada

DIRECTOR GERENTE:

**D. JOSÉ DE ELOA**

SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas. Semestre, 6,50 pesetas.

Año, 12.

Extranjero: Semestre, 10 pesetas.

Año, 18.

Anuncios: pídase tarifa.

**Número suelto 30 céntimos**

**COLDCREAM**

VIRGINAL A LA GLICERINA. — El mejor cosmético que pueden usar las señoras. Tiene indicaciones bien precisas para curar las irritaciones, manchas de la cara, pecas, granitos, barros, escozores, ardores, escoriaciones, quemaduras, cortaduras, herpes, costras grietas de los labios, del pezón, erisipelas, etc. Farmacia de Torres Muñoz, San Marcos, 11, Madrid.

**LAMPARA SÓLIDA**

DE FILAMENTO ESTIRADO **Garantizada**  
Consumo: UN vatio  
**POR TRES MESES**

La Orden y Comp.<sup>ª</sup>, Atocha, 43

**FÁBRICA DE CORBATAS**

CAMISAS, GUANTES, GÉNEROS DE PUNTO

ELEGANCIA, BURTIDO Y ECONOMÍA

Precio fijo. 12. CAPELLANES, 12. Precio fijo.

**España en Marruecos**

El más completo MAPA de la ZONA ESPAÑOLA en el NORTE DEL IMPERIO, con arreglo á los límites á ella señalado en el tratado de 1912. Va acompañada de una lujosa carpeta.

De venta en las principales librerías y en la litografía de José Méndez.

**PLAZA DE LOS MOSTENSES, NÚM. 2**

**IMPOTENCIA** de AMBOS SEXOS  
Radicalmente curada á toda edad por las  
**PILDORAS OURIANIA**  
Mayo descubrimiento. Inmenso éxito. Tratamiento energético y sin peligro.  
Curación garantida con un solo frasco.  
Envío discreto. Precio del frasco: 10 fr. Laboratoire NORDERN,  
21, Passage du Havre, Paris. — Frasco con instrucciones por correo, plus 12. — Distribuidor en Madrid: Farmacia GAYOSO Arenal 2, en Barcelona: VIUDA de SALVADOR ALSINA 4 Pasaje del Crédito

ESTABLECIMIENTO **Alrededor del Mundo**  
TIPOGRÁFICO DE

Obras :- Revistas ilustradas  
Periódicos y toda clase de  
trabajos artísticos y comerciales

**Ferraz, núm. 82-Madrid**

COMPOSTURAS DE MÁQUINAS FOTOGRÁFICAS, CORTAFUEGOS PARA CINEMATÓGRAFOS

**C. Ramos--VENTURA RODRÍGUEZ, 18 MADRID**

Sucesores de E. Páez  
Quintana, 33 - Madrid

# PETRÓLEO GAL

lo mejor para el pelo.



R. Ehrmann.